

Una modernidad cuestionada: levantamiento indígena y crisis política en México

*Entrevista con Roger Bartra**

Alberto Cue**

Quisiera empezar con una reflexión. El reformismo oficial interpreta que los regímenes posrevolucionarios impulsaron un modelo de "economía mixta", proteccionista y con una agricultura dirigida. Al derrumbarse el modelo en el sexenio de López Portillo, el gobierno de Miguel de la Madrid señaló un viraje hacia una economía restrictiva del gasto público, impulsora de la liberalización comercial con fines de integración a un "libre comercio internacional". Si esto ha sucedido, o está sucediendo realmente, ¿crees que se hayan efectuado los adecuados cambios

"Antropólogo y sociólogo. Investigador del Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM. [Es autor entre otros, de los siguientes libros: *El poder despótico burgués (las raíces campesinas de las estructuras políticas de mediación)*, *Estructura agraria y clases sociales en México*, *Campesinado y poder político en México*, *Las redes imaginarias del poder político*, *La jaula de la melancolía; identidad y metamorfosis del mexicano* y *El salvaje en el espejo*. Está por publicarse una continuación de esta última obra con el título de *El salvaje artificial*.]

"Miembro de la Coordinación de publicaciones del Instituto Mora. Entrevista realizada en Ciudad Universitaria, México, D.F., en octubre de 1995.

políticos -al menos en un nivel funcional, propio de un régimen político modernizado- para impulsar un nuevo juego de poder? Pienso en el planteamiento que hace años hiciste de que en México vivimos en un régimen de "mediación política bonapartista", con "equilibrios catastróficos" entre las clases fundamentales. ¿Podríamos pensar entonces que en algún momento hubo un giro que transformara este régimen de control político en uno de hegemonía mediadora, donde la clase burguesa no requiere ya de tareas reformistas y se conduce en el contexto de una democracia parlamentaria participativa?

- La pregunta es entonces si la transición de lo que alguna vez llamé bonapartismo a una democracia parlamentaria participativa ha ocurrido o no. Las últimas elecciones demuestran que nos hemos quedado a la mitad; no estamos ni en una mediación política bonapartista, aunque hay muchos rasgos de ello, ni hemos alcanzado una democracia parlamentaria participativa. A nivel de los cambios económicos sí ha habido una transición más rápida, lo que se llama una modernización. Sí, porque se han abandonado algunos de los aspectos de la política económica populista, de la economía mixta, pero no se ha abandonado el mecanismo populista; lo que pasa es que este mecanismo transitaba anteriormente a través de las estructuras económicas; y ahora lo que se ha hecho es separar un tanto el mecanismo económico al crear el programa de Solidaridad (que es un programa de caridad moderna, aunque en muchos casos tiene intenciones pseudodesarrollistas, pseudoproductivas). Ahora se ha decidido que en lugar de dar prestaciones directamente a través de programas de desarrollo económico, es decir dar caridad a través del crédito bancario que jamás se iba a cobrar (como en el caso de los henequeneros, quienes bajo la forma de crédito cobraban una especie de raya), se ha optado por lo que ahora es Solidaridad. Esta es la modernización; deshacerse de una gran cantidad de empresas estatales, creando una gran confusión sobre todo por las formas bastante corruptas en que se ha hecho en algunos casos. Pero desde el punto de vista político la transición no se ha completado. Yo creo que nos hemos quedado a la mitad. Tenemos un partido oficial pero que no tiene ideología oficial, tenemos un gobierno nacionalista sin nacionalismo revolucionario; sigue habiendo un gobierno nacionalista pero sin saberse con qué clase de nacionalismo, ¿nacionalismo liberal? ¿liberalismo nacionalista? Creo que que no se ha dado realmente una sustitución. El partido oficial existe pero no hay una ideología oficial, así que todo está como en un pantano, flotando pero a punto de hundirse. En una palabra, el proceso se ha quedado a medias. ¿Tenemos un sistema de partidos? En realidad, hay dos pistas: un partido oficial y un sistema de partidos; el partido oficial no forma parte del sistema de partidos. Este sistema lo forman dos partidos grandes de oposición y unos cuantos pequeños. Y el partido oficial está aparte. Es decir, no corren en la misma pista. El partido oficial es todavía básicamente un apéndice gubernamental, y mientras ello se mantenga así no se completa el tránsito a una democracia parlamentaria participativa porque nuestro sistema está fundado en la existencia de un mecanismo de tipo corporativo, es decir es un partido oficial, y eso contradice todas las reglas de la formalidad democrática. Sobre esa base, no es posible que nada funcione como debe ser, ni el parlamentarismo, ni las elecciones.

Y ese es el actual equilibrio en que nos encontramos. De ahí las convulsiones actuales del sistema político.

- Claro. Se asustaron tanto al echar a andar estas elecciones, hubo tantas conmociones políticas (como el alzamiento de los zapatistas en Chiapas, el asesinato de Colosio), que provocaron que la maquinaria oficial trabajase al máximo, que hiciese un esfuerzo inaudito para avanzar en la recolección de votos a la vieja manera con nuevas formas, todo mezclado, dependiendo de las regiones, y puede ser que hayan predominado las nuevas maneras si se considera a Solidaridad como una de ellas, lo mismo que las otras maneras "modernas" y "eficientes" como el uso de los medios masivos de comunicación, sobre todo la televisión, para crear una tensión muy fuerte entre la población y llamarla a votar por el sistema. Y lo lograron. Ahora, lo que yo creo es que la maquinaria hizo tal esfuerzo que se agotó. Es una maquinaria vieja, dañada, corrompida, semipodrida, a la que pusieron a hacer un esfuerzo tremendo, mayor del normal, y ahora estamos pagando las consecuencias porque se está cayendo en pedazos. Esta tensión generó dificultades internas muy grandes, visibles en la lucha tan feroz que tiene lugar dentro del gobierno en estos momentos y que ya provocó recientemente el asesinato de un político al más alto nivel (Ruiz Massieu).

¿ Te parece que los aspectos de la composición, la estructura y el origen del sistema priísta, que tú has cuestionado, indican el mantenimiento de los vicios del sistema de mediación política (atraso político, corporativismo y autoritarismo), o bien su potenciación en el contexto de nuevas alianzas dentro del aparato político?

- Más que una potenciación, hay una tensión al máximo parecida a la del corredor: en el momento en que se acerca a la meta, hace un esfuerzo final, sólo que en este caso el corredor está dopado. Este corredor, que es el PRI, está drogado y, claro, siempre gana; pero tiene que hacer un esfuerzo final cada vez mayor. Uno de estos años tal esfuerzo le va a provocar un ataque al corazón y lo va a matar. Entonces sí hay una potenciación, pero de un organismo corrupto, de un organismo que está dopado. Por eso siempre gana, pero al mismo tiempo esa droga, tarde o temprano (más bien tarde que temprano, desgraciadamente), va a acabar minando al corredor. Ahora, acerca de nuevas recomposiciones de la clase gobernante, creo que en los últimos quince años, aproximadamente, ha habido un lento desplazamiento del poder hacia lo que solemos llamar "tecnócratas". Desde la época de Echeverría se observaba una tensión muy fuerte entre el ala populista y el ala tecnócrata. Hicieron un pacto y desarrollaron un "populismo tecnocrático". Esa tensión ha continuado pero ha ido favoreciendo al sector tecnocrático, sin que desaparezca la contradicción. Ha habido un relevo, más claro y manifiesto desde el sexenio de Miguel de la Madrid. No solamente es un equipo de tecnócratas; además, forman un grupo político definido. El problema es que tenemos, digamos, un cambio en el comando pero no un cambio en la maquinaria. Aquí podríamos hacer otro símil. Los nuevos pilotos que comandan la nave estatal

son tecnócratas educados en Estados Unidos o en Europa, pero la maquinaria de la nave sigue siendo la vieja maquinaria priísta tradicional. Entonces hay una seria contradicción: los tecnócratas no saben pilotear esa nave, y lo más probable es que un día de estos estrellen el avión en un aterrizaje forzoso impresionante. Se trata de una crisis del sistema, y esa parece ser la única alternativa real de cambio que tenemos a corto y mediano plazos. No una transición por vías democráticas mediante las cuales, como en otros países, ganan las elecciones otros grupos. Eso ya no fue posible. Lo más probable es que ocurra una nueva crisis del sistema político, en la que de hecho estamos, luego de las de 1982 y 1988. Por eso yo escribí en ese texto de "Las ironías de la victoria" que el sistema se ha fortalecido tanto que la costra de votos de que se ha rodeado lo acabará ahogando, pero de otra manera.

¿Cuál sería esa otra manera?

- Me refiero a una implosión del sistema. Cuando la masa de detritus que se acumula pasa de cierto umbral, el sistema sufre un colapso interior; pero no hace explosión, sino implosión, y termina en un agujero negro. O bien, si queremos usar otra metáfora más tradicional: termina en un basurero.

¿ Habría para ti sólo dos posibilidades de solución de la actual crisis política: una transición a la democracia (o "salida democrático-burguesa"), o bien, del otro lado, un endurecimiento del sistema autoritario (una "putrefacción de la sociedad"), quizá una "dictadura civil" como régimen de excepción?

- Bueno, en realidad creo que hay tres vías. Una sería la salida democrática, que sigue siendo una alternativa que no podemos desechar aunque han bajado sus posibilidades, paradójicamente, por las elecciones. Hay la posibilidad de un endurecimiento. Pero la putrefacción es la tercera vía, la vía intermedia donde ya no hay endurecimiento (porque ya no es posible, dado que los mecanismos represivos están relativamente gastados) ni tampoco hay una salida democrática porque no hay decisión política necesaria para utilizarla; se adopta entonces una tercera vía, que produce la putrefacción. Y me temo que esta vía es la que estamos transitando ahora, que no es ni endurecimiento ni democracia. Por eso tengo miedo de que las cosas acaben mal a corto plazo. A largo plazo, creo que no hay más alternativa que la democrática debido a nuestra ubicación geopolítica, a los efectos a mediano y largo plazo del TLC, a las tendencias de la sociedad civil, a las tendencias de la sociedad política misma. Por tanto, visto a mediano y a largo plazos, no hay sino la vía democrática, a menos que ocurran catástrofes políticas a nivel continental, incluyendo a Estados Unidos.

¿Pero esta salida democrático-burguesa no estaría dentro de la lógica de la crisis al intervenir con mayor fuerza los sectores políticos de oposición?

- Sí. Ya desde que utilizaba el término de "salida democrático-burguesa", por "burguesa" quería dar a entender la acepción original, es decir, una salida "civil"; me refería a lo "burgués" como "civil". Yo creo que los mecanismos formales de la democracia ya están en las leyes, más o menos. Lo que nos falta es una cultura civil, es decir una cultura burguesa pero en el buen sentido de la palabra, en el sentido tradicional (*bürgerlich*). Cuando se habla de la sociedad civil, de las salidas civiles, de la importancia de la civilidad, mucha gente se olvida que lo que hay detrás de eso es la constitución de una sociedad burguesa, de una cultura burguesa, de una cultura civil; creo que eso hay que identificarlo. Creo que es ahí donde estamos justamente más atrasados, no tanto en el polo democrático, sino en el polo burgués, porque tenemos en México una burguesía poco burguesa, es decir poco civilizada. Es una burguesía bronca, atrasada, salvaje, y una clase política igualmente poco burguesa en ese sentido original del concepto.

Y en el mejor de los casos, con ciertos tintes aristocráticos emergidos quién sabe de dónde.

- Inventados totalmente. ¿Una aristocracia obrera? ¿caciquil? Tenemos una aristocracia poco aristocrática, una burguesía poco burguesa, una corte política poco cortés, maleducada. Buena parte de la clase política está compuesta por sujetos semianalfabetas, corruptos. Entonces ese es el problema, la falta de una cultura civil, y ésta no se inventa de la noche a la mañana. Es un problema muy complejo. El burgués que aspira a una cierta aristocracia, a una atmósfera cortesana, como lo sugiere Sombart, se aplica más a Europa y menos a Estados Unidos y América Latina, donde no hay tradiciones aristocráticas, por más que sí existe la compulsión a formar una élite cerrada, si bien con ninguna base verdaderamente aristocrática. Pero no se trata de ubicar la raíz del atraso en esta carencia, en esta ausencia de un pasado feudal, como en Estados Unidos, que es un país muy desarrollado. Pero es cierto que la concepción de una cultura burguesa requiere de elementos aristocratizantes para contribuir a darle un cierto brillo elitista y una cerrazón que reclama la clase burguesa para no ser invadida por elementos extraños que podrían hacer tambalear sus mecanismos de dominación con formas extrañas de cultura. Ahora bien, estos elementos acaban entrando de todas maneras.

Tú has estudiado a lo largo de muchos años los problemas de la economía campesina y los de la cultura política del México contemporáneo. Ante el alzamiento en Chiapas ¿te sentiste desconcertado o bien fue algo que pudiste rápidamente insertar en el contexto de tus análisis? ¿Sientes a esta explosión más cerca de los problemas de la realidad campesina o más cerca del malestar cultural, de la crisis ideológica del nacionalismo revolucionario?

- No quisiera sonar prepotente, pero la verdad no me desconcertó. Tampoco puedo decir que lo preveía, de ninguna manera. No me desconcertó por dos motivos. Creo que una parte del problema, la parte socioeconómica, se puede insertar en el contexto de mis análisis sobre la cuestión agraria. Y los elementos culturales y simbólicos se pueden ver desde la perspectiva de

lo que desarrollé en el libro *La jaula de la melancolía*, que, de hecho, era una advertencia de que enfrentábamos ya una crisis cultural, una crisis de civilización. Y ciertamente, el alzamiento indígena en Chiapas tiene ese ingrediente crítico: no es solamente un problema de reparto de tierras, un problema agrario. Por lo que se refiere a la cuestión agraria, mis estudios planteaban una disyuntiva: o bien se profundizaban los aspectos populistas reformistas y se los modernizaba por la vía de la creación de empresas estatales, cooperativas, etc., o bien se escogía una vía liberal, que permitiese la libre concentración y circulación de los capitales por canales privados. Desde mi perspectiva, la concentración de capital es inevitable: estamos en una economía capitalista cuya lógica más profunda radica en la concentración y la circulación de capitales. En la agricultura, tal concentración estaba siendo frenada, y en parte aún lo sigue estando, como lo he discutido en mis textos, por las barreras políticas de corte reformista y populista. El dinamismo del capital tendía a romper tales barreras por una u otra vía. Estos análisis, hechos a partir de las teorías clásicas de Ricardo y Marx sobre la renta de la tierra, y que me parecen instrumentos muy valiosos para analizar las economías capitalistas, me permitieron observar con precisión tal disyuntiva. Ahora bien, la disyuntiva es muy clara: el gobierno de Salinas de Gortari rompió el proceso de la reforma agraria, canceló formalmente el reparto de tierras, modificó la Constitución para abrir paso a la segunda alternativa mencionada. Las medidas impulsadas por la Secretaría de Agricultura y Recursos Hidráulicos, encabezada por el ala derecha del sistema (Hank González), e inspiradas por un técnico como Luis Téllez, han abierto la segunda vía de desarrollo en el campo. Ahora bien, esto tenía que provocar consecuencias sociales y políticas, y de haberse adoptado la primera vía (la de ampliar las paraestatales), se habrían provocado igualmente serias consecuencias, pero en ese caso las repercusiones habrían recaído en la burguesía agraria y en los terratenientes. Así pues, hay una sacudida política cuya primera expresión es el levantamiento de Chiapas, una de las zonas más atrasadas del país. Las medidas salinistas -que fueron un paso más en la desamortización- quemaron el colchón amortiguador que había sido tradicionalmente la reforma agraria y todos sus mecanismos mediadores fueron trasladados a la administración de Solidaridad, que han sido, como se ve en Chiapas, completamente ineficientes entre otras razones porque gran parte de ese dinero "solidario" se quedó a mitad de camino: se lo robaron y, como se sabe, todo el dinero canalizado por las estructuras de mediación alimenta la corrupción. Pero aquí esto fue particularmente notable. Al mismo tiempo, en el momento en que el gobierno de Salinas de Gortari da el viraje que abandona el nacionalismo revolucionario, está desnudando toda una parte de la cultura política del sistema, la está dejando a la intemperie. Los vientos huracanados de la política se lo llevaron, y el nacionalismo revolucionario se cae en pedazos sin que este gobierno haya sido capaz de construir una alternativa ideológica, y mucho menos cultural, ante lo que ha destruido. Así que, al dejar descubijado al sistema, era previsible que hubiese en un momento o en otro, sin saberse cómo, tensiones muy fuertes en el ámbito de las estructuras culturales que sustentaban el nacionalismo revolucionario. Una de esas columnas era el indigenismo, y como éste se vino abajo, se agudizaron las condiciones que podían crear un conflicto de tipo cultural, que es el otro aspecto del levantamiento de Chiapas.

Y por este lado encontramos ese kitsch tropical.

- Yo hablo de *kitsch* para hacer una ironía a propósito de la cursilería populista, de la cursilería revolucionaria y de la beatería izquierdista, aspectos que veo unidos a planteamientos muy avanzados, postmodernos, de nuevo tipo, y a nuevas formas de crítica. Yo creo que el EZLN se caracteriza por una combinación de esta naturaleza, de cursilería revolucionaria y crítica postmoderna. Es decir, en el EZLN son hiperrevolucionarios y superreformistas; se lanzan a las armas y diez días después están ya negociando con el gobierno. Eso es lo que llamo *kitsch*. Por un lado, un discurso guevarista tradicional, y por otro lado un discurso reformista muy sofisticado. Por una parte, una solemnidad insoportable y, por la otra, el relajo del subcomandante, sobre todo en sus postdatas, que no tiene nada que ver con la solemnidad que ha caracterizado a la cultura política de las izquierdas.

¿No te retrajo el alzamiento en Chiapas al mito de la tenencia de la tierra como solución a los problemas agrarios y al mito del héroe campesino como sujeto revolucionario? Tú has denunciado a un cierto populismo marxista y no menos al populismo oficial; y habrás observado que una de las consecuencias locales del conflicto es precisamente la invasión de tierras. ¿Estamos observando aquí la activación de esos populismos de viejo y nuevo cuño? Habría que recordar que en Chiapas las tomas de tierras, que datan de la década de los setenta, fue una respuesta ante la violencia armada de los ganaderos. Surgieron organizaciones independientes y se impulsó la organización de sindicatos de obreros agrícolas manteniendo la demanda de tierras. Así pues, hay un trasfondo de organizaciones y de líneas de lucha. ¿Qué opinas acerca de que coexistan estas dos demandas, la de la organización sindical de los jornaleros agrícolas y la de la posesión de la tierra?

- Este sujeto revolucionario campesino sobrevive sólo aparentemente, pero en realidad yo creo que no. Aquí hay una más de las peculiares contradicciones o paradojas del levantamiento chiapaneco. Este movimiento adopta la forma populista indigenista tradicional de viejo cuño. Se supone que se levantan aquellos que han sido humillados desde hace quinientos años, que reivindicar ¡as más antiguas protestas, como su derecho a la tierra y a sus costumbres. Pero, ¿dónde ocurre el alzamiento? Ocurre en una región que ha sido poblada muy recientemente, que comenzó a recibir población, en su mayoría indígena, pero migrante, expulsada de las comunidades de las regiones altas y de otras regiones indígenas. La zona de las cañadas y de la selva es de reciente poblamiento, no es una zona indígena tradicional. Ello es un efecto de la quiebra de la economía indígena y campesina en las zonas tradicionales, que expulsan mano de obra que se va a muchos lados, incluso a Estados Unidos. Pero una parte de ella se fue hacia la selva, a colonizarla en condiciones verdaderamente terribles. Pero los indígenas no son los únicos que migraron, también migraron madereros, comerciantes y ganaderos, no demasiado ricos pero que en el contexto son una verdadera élite, casi una burguesía. La población indígena viene de

diversas comunidades, no todas hablan la misma lengua, hablan distintas lenguas mayenses. Son pueblos nuevos, y eso es muy interesante porque al mismo tiempo reivindican ser los herederos de las antiguas comunidades conquistadas por los españoles hace quinientos años. Así que allí hay una herida muy dolorosa. Esta es una situación muy explosiva que se fue cocinando desde la época en que el gobierno de Echeverría alentó esa migración. Esto ha reactivado populismos de viejo cuño pero en un nuevo contexto.

Pero quiero hacer referencia a que en tus estudios agrarios habías cuestionado la demanda de la tenencia de la tierra. Hay además la cuestión sindical en el campo. ¿Qué ha mantenido en pie esta demanda de la tierra y la de la organización sindical?

- Bueno, ¿qué es lo que sucede? Aquí también, como por lo que se refería a la transición del sistema político, nos hemos quedado a medias porque el gobierno no ha cedido ni ante las organizaciones sindicales ni ante las demandas de tierra. De manera tradicional, tanto en Chiapas como en el resto del país, el gobierno ha visto con malísimos ojos el reparto de tierra, y de hecho con las reformas constitucionales se canceló el reparto de tierra, es decir que ya no hay esperanza de obtener una parcela ejidal. En Chiapas tenemos una burguesía rural atrasadísima que lo último que quiere es enténderselas con sindicatos; tampoco le interesa abrir esperanzas en cuanto al reparto de tierra. La población más pobre se halla en un callejón sin salida. No puede garantizarse una oferta de trabajo asalariado más o menos frecuente, ni existe la posibilidad de iniciar trámites para la obtención de tierras. Entonces las alternativas son emigrar o invadir tierras. Y la zona del levantamiento zapatista es fruto de esto. Por ello, dada esta situación, las demandas de tierra siguen en pie. Si hubiese un desarrollo agrícola y ganadero, o incluso industrial, habría las posibilidades de obtener trabajo asalariado; pero eso no está ocurriendo, así que la tensión es muy grande. Hay que recordar que el gobierno, en realidad, al negarse a la organización sindical y al reparto de tierras adoptó "una tercera línea" que algunos teóricos definieron como "organización para la producción", es decir ni reparto de tierras ni organización de los obreros agrícolas en sindicatos, sino "organización para la producción", planteamiento que fue hecho por la izquierda de la burocracia gubernamental. Esa era la "alternativa", y fracasó en gran medida. Así que seguimos en las mismas, estamos empantanados.

¿Pero a ti qué te parece, como salida política por parte de los insurrectos o de gente que socialmente pudiera ser comparable a ellos, el que sigan exigiendo tierra? Un elemento importante para la colonización de la selva fue el obtener un pedazo de tierra donde vivir.

- Yo creo que, tanto desde el punto de vista de la izquierda como desde el punto de vista del gobierno, mantener la lucha por el reparto de tierra es suicida a mediano plazo. A corto plazo, puede resolver el problema, que es lo que hizo Echeverría: abre la selva a la colonización, y ésta sin duda es una válvula de escape que ahora, que está taponada, explota. Yo sigo pensando que,

desde la perspectiva de un cambio democrático, la lucha por el reparto de tierra lleva rápidamente a un callejón sin salida en el cual se va a plantear inevitablemente una alternativa violenta, en última instancia un alzamiento armado o por lo menos de invasión de tierras, y esa no me parece una alternativa positiva desde la perspectiva de una transición democrática. Es sólo una medida desesperada. Así, la invasión de tierras o la emigración a Estados Unidos, por ejemplo, son las dos opciones polares que tiene un indígena sumido en la miseria de Chiapas. El término medio sería, por ejemplo, irse a trabajar a una fábrica de automóviles en San Cristóbal de las Casas pero, como todos sabemos, en San Cristóbal no hay una fábrica de automóviles o algo similar, no hay una fábrica de nada; los coletos piensan en cualquier cosa antes que invertir productivamente, son comerciantes atrasados, acostumbrados a explotar a aquellos que no tienen nada, y lo hacen con una mentalidad racista. Y esa es la tragedia. Por eso creo que la única opción, difícil de aceptar para muchos, es el desarrollo de un capitalismo avanzado en este país, si es que no pensamos en un cambio radical del sistema. Me parece que a estas alturas del siglo y del milenio, un salto al socialismo es absolutamente impensable, esa alternativa se ha cancelado. Yo he dicho que el socialismo "trágicamente existente" no era deseable; pero ahora no sólo no es deseable, sino que ni siquiera existe. Ante ello, es preciso un desarrollo capitalista, y creo que los mecanismos que implican el reparto de tierra son mecanismos que frenan el desarrollo capitalista de la agricultura, lo cual es peligroso políticamente e indeseable desde el punto de vista económico.

¿Qué fue lo que observaste en la Convención Nacional Democrática? ¿percibiste una extensión del movimiento armado, en su traducción a movimiento político, hacia el contexto de las movilizaciones no campesinas?

- Observé que se estaba construyendo un puente con materiales de desecho, un puente muy maltrecho para los guerrilleros hacia la sociedad civil. En realidad, la Convención Nacional Democrática fue convocada en el espíritu de que los guerrilleros deseaban dejar las armas y transitar a una civilidad, y entregaron la bandera. Ese fue el espíritu. Ahora bien, hubo otra parte que vio ese puente al revés, es decir me refiero a una izquierda radical, extraparlamentaria, casi extraterrestre, que quería transitar hacia el otro lado, hacia la lucha armada, simbólicamente porque, bueno, digamos que había muchos frustrados de la izquierda extraterrestre y extraparlamentaria que veían la posibilidad de sentirse guerrilleros sin demasiado peligro, protegidos por el ejército mexicano y el gobernador López Moreno, porque la verdad la Convención fue producto del pacto que hicieron los zapatistas y Camacho en la Catedral de San Cristóbal: los camiones en los que viajamos fueron proporcionados por el gobierno del estado, en cada retén del ejército mexicano un soldado subía y nos daba la bienvenida, mientras que íbamos a reunimos con sus enemigos. ¡Dime si eso no es *kitschl*! En fin, se construyó ese puente, pero en forma muy maltrecha. El problema es que después vinieron las elecciones y no ocurrió lo que se esperaba, y entonces quedó un puente colgante que ahora no sabemos muy bien para qué sirve. Tengo la impresión de que ahora se intentará no darle ese carácter fundacional, sino más bien convertir a

la Convención en una especie de partido político, de hecho la segunda sesión de la Convención al parecer estaba más dedicada a escribir un programa. Así que este puente maltrecho es el único que hay, y el problema es que se crea que no sirve para que los guerrilleros lo transiten de allá para acá, sino que otros lo quieran transitar de aquí hacia allá. Pero si se sigue dudando y se da una discusión en ese puente colgante lo que puede pasar es que éste se caiga, y ya no sirva para transitar en ninguna dirección.

Me gustaría recordar un trabajo tuyo dedicado al Valle del Mezquital donde señalabas dos líneas complementarias del fenómeno de la discriminación indígena: una que marca los elementos encadenados de "demagogia-liberalismo-racismo", y otra los de "racismo-tecnocratismo-demagogia". ¿Cómo ves este esquema para Chiapas?

- Bueno, creo que partes de ese ensayo en el que se encuentra tal esquema ya han envejecido. Sin embargo, el esquema mismo parece ser todavía útil. Para referirme a la segunda línea, tendríamos en efecto el racismo de los coletos y el de los comerciantes parasitarios tradicionales; aquí tenemos el ejemplo perfecto, y lo que planteaba para Ixmiquilpan, me parece todavía más notable en San Cristóbal. El racismo ha dado lugar al tecnocratismo del INI, de la SEP, de sus ingenieros y expertos, quienes buscan soluciones técnicas al problema y que tienen desde luego una confrontación con los coletos porque ellos no son racistas. Esta situación desemboca en la demagogia, cuyas repercusiones en Chiapas se traducen en el impulso oficial y semioficial a las organizaciones indígenas. En cuanto al otro eje, el de la demagogia originaria, que pasa al liberalismo y da lugar a un nuevo racismo, la demagogia tradicional es la de los Castellanos -en todas sus versiones menos en la de Rosario Castellanos-, los Patrocinios, los dinosaurios chiapanecos; sus sucesores liberales (López Moreno o Camacho), promueven el desarrollo económico, las inversiones, etc. Pero el resultado son esos nuevos ricos de carne y hueso, surgidos al calor de la política liberal, y que son los Kanter y otros propietarios locales, racistas de un nuevo tipo, distintos al coleteo tradicional, pero también muy reaccionarios. El problema que tenemos es que los hijos del neoliberalismo vienen a ser nuevamente racistas, lo mismo que los hijitos de los tecnócratas resultan también muy demagogos, con lo que se retorna, de manera invertida, a la situación original; y por eso no hemos salido del problema y Chiapas se enfrenta al desastre.

En uno de los primeros textos sobre el alzamiento en Chiapas, Octavio Paz dice que las razones históricas del conflicto se remontan incluso al mundo mesoamericano (arguyendo un "estado de guerra perpetua de las sociedades precolombinas"), si bien cree que las razones contemporáneas se concretarían en la inmigración de campesinos de otras regiones, las sucesivas oleadas de inmigrantes guatemaltecos y la explosión demográfica. Me parece una trampa del "ensayismo" cuando actúa en vez de los análisis de procesos históricos. Me refiero no tanto a la coincidencia o no de posiciones políticas o incluso de interpretaciones posibles, sino a los

métodos, a la disposición del lenguaje en una cierta manera para, a contramarcha siempre, impulsar la obsesión anticomunista y sancionar la interpretación de que ciertos intelectuales críticos, por lógica ensayística, devienen en violentos.

- Esa es la trampa en que quieren hacer caer a la izquierda. Y esa es la trampa en que a veces la propia izquierda se mete sola a través de la línea agrarista, al rescatar las sobras del agrarismo revolucionario oficial. Esto, en efecto, puede llevar a la violencia. El agrarismo es un movimiento que tendencialmente lleva a la confrontación en el caso de que no ocurran las reformas agrarias que se piden; pero de eso ya hemos hablado. Ahora, este "ensayismo" pone esta trampa y algunos caen fácilmente. De hecho, la mayor parte de la izquierda no comulga con los planteamientos del EZLN. Tiene simpatía, que es distinto a estar de acuerdo con el planteamiento de la lucha armada; así que, efectivamente, eso es una trampa. Tú no lo mencionas pero en el razonamiento de Octavio Paz hay también la idea de que hubo influencias externas -y ésta fue la primera posición del gobierno. Es decir, de que de ninguna manera era un levantamiento indígena, que no era un problema mexicano, ni siquiera un problema chiapaneco, sino que era la continuación (y la contaminación) de los problemas centroamericanos. Es decir, de alguna manera, había una intervención extranjera. Se equivocaron completamente. Supongo que en algún momento sus informantes funcionaron bien y le dijeron al presidente Salinas: "No, todos son de aquí, y esto no se puede enfrentar con una posición de fuerza", y entonces dio un viraje tremendo y vino la amnistía, dejando a algunos atrapados en esta clase de argumentos.

Como coincidencia, hay unas declaraciones de Víctor Flores Olea del 5 de octubre de 1994 en las páginas de La Jornada: "En la actualidad, las opiniones de izquierda se aglutinan en dos corrientes predominantes: la primera se refugia en dogmas y eslogans ya superados; la segunda en los márgenes de la violencia. Ninguna de las dos tiene futuro y, en cambio, se deja un inmenso espacio abierto que en otros lugares ha sido llenado por la socialdemocracia."

- Yo creo que es una simplificación muy burda porque no hay la polaridad de por un lado los dogmas y por el otro la violencia. En muchos casos son los dogmáticos quienes llevan a la violencia y en muchos otros casos es el hambre, no la izquierda, la que lleva a la violencia. En realidad se está simplificando una situación complejísima. Es una manera muy fácil de decir: por un lado están los dogmáticos, por otro, los violentos, y la única vía es la socialdemocracia. La socialdemocracia cuenta con mi simpatía, pero por desgracia participa igualmente de la crisis del conjunto de la izquierda. En todo caso, el espacio socialdemócrata no es el mismo del PRI ni del gobierno priísta, que es donde está Flores Olea. Entonces, lo único que crea esto es una tremenda confusión. Siempre he pensado que el gran auspiciador de la violencia no es un "México bronco" que estaría abajo, sino un "México bronco" que está arriba instalado en el gobierno. Esto lo han evidenciado los asesinatos de Colosio y de Ruiz Massieu.

Te has referido a esto al decir que la sucesión del poder político en México, en los años broncos que dan paso a la estabilidad posrevolucionaria, es como heredar en forma de cadena la violencia institucional.

- En el prólogo, muy breve por cierto, a un libro sobre el EZLN, *La guerra contra el tiempo*, he retomado la idea, y también en parte en el texto sobre el *kitsch* tropical. En fin, es fácil decir: "Hace quinientos años hay un problema allí, no se ha resuelto y ahora estalló." No, la violencia la provocó la política del gobierno. Es un hecho evidente que la mayor parte de la violencia política en México tiene un origen gubernamental y priísta, y eso está plenamente demostrado con los últimos acontecimientos. La alternativa, pues, no es únicamente la socialdemocracia. Esa es una, pero hay algunas otras, que por cierto no merecen ser descalificadas con argumentos tan simples. Incluso existe lo que llamo el "reformismo radical", que es una alternativa a la propia socialdemocracia en crisis.

¿En qué consiste esa posición de reformismo radical?

- He dicho en alguna parte que el reformismo radical es un nuevo territorio político aún no clara ni definitivamente acotado, cuyo programa se alimenta de las tendencias populistas que abandonan cada día al PRI, de las aspiraciones socialdemócratas de muchos funcionarios y profesionistas, y de las muy diversas izquierdas que existen en México. Este espacio político sólo podía abrirse mediante una crisis del partido oficial y del sistema autoritario; esta crisis se ha convertido en la más importante palanca para impulsar una transición a la democracia. Lo llamo reformismo radical más como una apuesta que como una certeza; se trata de la mezcla fértil de diversas corrientes que han encontrado un terreno común: la lucha radical por la democracia. Pero es una mezcla volátil que podría esfumarse si sus dirigentes no comprendiesen que para consolidar una nueva cultura política no deben malgastar su fuerza en negociaciones oscuras.

¿Dónde ubicarías una autocrítica de la izquierda, frente al conflicto en Chiapas?

- Evidentemente, la autocrítica de la izquierda es necesaria. Pero la polaridad planteada arriba, entre dogma o violencia, oculta un problema fundamental: la autocrítica de la izquierda está llevando más claramente a abrir la puerta, a vislumbrarlos problemas que yo llamo de cultura o de civilización y ¿por qué no? problemas morales pero en su acepción original, de costumbres, de *mores*. Algunos dirigentes políticos, para referirse a ese espacio, que es muy complicado, lo restringen como un problema de voluntad política, y dicen por ejemplo: "No hay voluntad política"; el PAN y el PRD recurren mucho a esto. Dicen: "Ya está escrito en la ley pero no hay voluntad política", y entonces no se hace. Pues sí, la ley no dice que la policía deba estar "mordiéndolo" a los ciudadanos, dice otra cosa; entonces, supuestamente falta

voluntad política para que la policía no asalte a los ciudadanos. Esa es una manera muy restringida de ver el problema; yo creo que hay un problema global de cultura política, y es preciso que la izquierda comprenda que es necesario fundar las nuevas alternativas sobre planteamientos relacionados con la civilización, con la crisis de civilización en que estamos sumergidos, y vinculados a la crisis de nuestra cultura política, para dar alternativas civilizatorias y alternativas a nuestra cultura política. En ese sentido, creo que sí es posible que la autocrítica y la crítica de izquierda encuentren nuevos caminos, caminos completamente distintos y ofrezcan alternativas de nuevo tipo.

¿Rebasar y a su vez abarcar el mero espacio político?

- Debería. Se está empezando a apuntar por ahí. Es algo embrionario. Yo creo que todavía la mayor parte de la izquierda está sumida en los problemas programáticos más simples. Pero ahora que se ha hundido el socialismo real y que esta alternativa se ha cancelado, no podemos simplemente aceptar el camino de la civilización y de la cultura capitalistas sin más, tal como están. Debemos y podemos desarrollar una crítica cultural y moral, y debemos auspiciar el desarrollo de una cultura burguesa o civil; pero, al mismo tiempo, tenemos que criticarla en tanto que cultura burguesa, en tanto que cultura capitalista, en tanto que civilización occidental. Eso es una operación de gran envergadura, a escala mundial, en la que es necesario reconstruir los puntos de vista desde los cuales se van a ofrecer alternativas que no sean simplemente una gestión de la economía capitalista, una mejor administración de ella, que es lo que tradicionalmente ha ofrecido la socialdemocracia al decir: "Nosotros, representantes de los sectores populares, podemos gestionar el capitalismo mejor que la propia burguesía." Eso es parcialmente cierto, pero sólo parcialmente, y es relativamente limitado. Es necesario que podamos decir: "No solamente podemos administrar la economía mejor que ustedes, sino que podemos conducir al conjunto de la sociedad hacia estados de bienestar sustancialmente más elevados.

El nuevo pacto económico del gobierno, que será el Pacto de Zedillo., se llama "Pacto para el Bienestar". Después de todo, aquí se revela la pobreza de las propuestas gubernamentales ante la población.

- Yo usé el término bienestar para contrastarlo con una idea muy interesante de raíz freudiana, que es la idea del malestar de la cultura, del malestar de la civilización; en francés le llaman *malaise*. Vivimos un malestar y la alternativa, claro, es un bienestar pero no de la familia, esa es la idea estrecha que tiene un contador del problema que aquí se ventila: el problema del bienestar de la civilización. Y la izquierda debe ser capaz de administrar mejor la economía pero, a mediano plazo, ofrecer una vía de bienestar que pueda enfrentar el malestar de nuestra civilización tal como lo definieran Freud, Malinowski y otros.